

JEFF SMITH

BOVA

UNA NOVELA DE
TOM SNEGOSKI



EN BUSCA DEL RESPLANDOR
LIBRO UNO

ASTIBERRI



PRÓLOGO



Un sol débil se asomó frágilmente en el cielo oriental, sus rayos dorados atrapados por agoreras nubes grises. No existía ni la más mínima posibilidad de que la luz del sol alcanzase y calentase el reino de Atheia que se encontraba bajo ellas.

La Abuela Ben se despertó con un sobresalto, con ese terrible Pasma que hacía que la cabeza le diese vueltas, se le doblasen las piernas y que la había sacado de un sueño agitado. Aquello no era bueno... Nada bueno.

Durante casi toda su vida había notado esa sensación, la primera vez cuando era una niña y princesa de Atheia. Más tarde se convertiría en reina, pero luego dejaría la corona para mudarse al Valle y criar a su nieta Thorn.

«No hay nada peor que empezar el día con el Pasma», pensó, apartando las mantas y poniéndose la bata para protegerse del

frío de su cuarto. Era un presagio de que ocurrirían cosas malas. Podría pasarse el día esperando que ocurriese algo, y siempre era así. El Pasma nunca se equivocaba.

Y aquella vez la abuela no tuvo que esperar mucho.

Estaba en pie delante de la ventana del castillo real mientras el viento le alborotaba la blanca melena y se percató del cielo encapotado. Fue entonces cuando oyó el grito, agudo y lleno de miedo.

La Abuela Ben salió de su cuarto y se plantó en el pasillo, escudriñando entre la oscuridad de la mañana para buscar el origen de tan horrible sonido. Volvió a oírse el grito y según corría hacia él se sintió cada vez más asustada, porque el grito salía de la cámara real.

De la habitación de la reina Thorn.

Sin molestarse en llamar, la Abuela Ben abrió la puerta y entró corriendo. La doncella de la reina, Prissy, estaba en pie ante la gran cama, con los ojos hinchados por el terror.

La reina Thorn yacía en el centro del gran colchón con las sábanas y las mantas arrugadas a sus pies.

—¿Qué ocurre, Pris? —preguntó la abuela.

—La oí gritar —dijo Prissy con voz temblorosa—, creía que estaba teniendo una pesadilla.

La reina Thorn, profundamente dormida, gemía mientras su cabeza se movía de un lado a otro sobre la almohada.

—Parece que todavía la tiene —dijo la Abuela Ben. Se inclinó para tirar ligeramente del pie de su nieta. Tenía los dedos fríos, como trozos de hielo.



—Thorn, cariño, despierta —sacudió el pie de la joven—, no pasa nada, estás teniendo una pesadilla... Hora de despertar. —La reina gimió más alto aún, sollozando patéticamente.

—¿Thorn? —volvió a llamar la abuela, levantando la voz. Le apretó los dedos de los pies con suficiente fuerza como para hacerle daño.

Pero la reina seguía dormida.

—¿Lo veis? —preguntó Prissy en un asustado susurro—. Yo también he intentado despertarla, pero... pero no se despierta.

La reina Thorn gruñó y comenzó a temblar quizá por el frío, o quizá por algo peor.

Aquella era una de esas cosas que la Abuela Ben siempre había temido, la clase de cosas de las que había querido proteger a su nieta cuando se la llevó al Valle para esconderse. Pero el destino tiene sus maneras de encontrarte, como un sabueso que te sigue el rastro, y las encontró, acabando con la paz de la que tanto tiempo habían disfrutado.

La abuela estiró el brazo hasta el pie de la cama y tiró de las mantas para cubrir a la dormida Thorn y en ese momento empezó a darle vueltas la cabeza y a temblarle las piernas otra vez.

Era un presagio de que ocurrirían cosas malas.

Y el Pasma nunca se equivocaba.



CAPÍTULO 1

A primera hora de la mañana, justo antes de que el amanecer llegase al Valle, Tom Elm estaba soñando. Pero no era un sueño de los buenos. Era una pesadilla y por mucho que el chico de doce años lo intentase, no podía despertarse.

Se ahogaba. No en un lago, un estanque o unas aguas bravas, sino en un charco de negrura. Movía las piernas y chapoteaba con los brazos, luchando por mantener la cabeza por encima de las profundidades insondables. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero cada vez que abría la boca la oscuridad se le metía dentro, asfixiándolo con la desagradable materia de las sombras.

«¡Socorro! —consiguió decir Tom antes de empezar a hundirse entre las tenebrosas olas—. ¡Ayudadme!».

No podía seguir luchando. Agotado, se hundió en la oscuridad, con el sonido de alguien, o *algo*, riéndose en sus oídos. Según se sumergía más y más, estiró ciegamente el brazo, desesperado por encontrar algo que detuviese su descenso.

Sus manos rozaron algo duro. Era la piedra de la suerte que colgaba de su cuello con un cordón de cuero, la piedra que había encontrado en un sitio rarísimo. Empezó a brillar, al

principio suavemente, pero luego su destello creció apartando las tinieblas.

Haciendo retroceder a la oscuridad.

Tom se despertó sobresaltado. Todavía podía oír el chapoteo de las sombras líquidas y se preguntó si la pesadilla no había terminado, si de algún modo le había seguido hasta el mundo real.

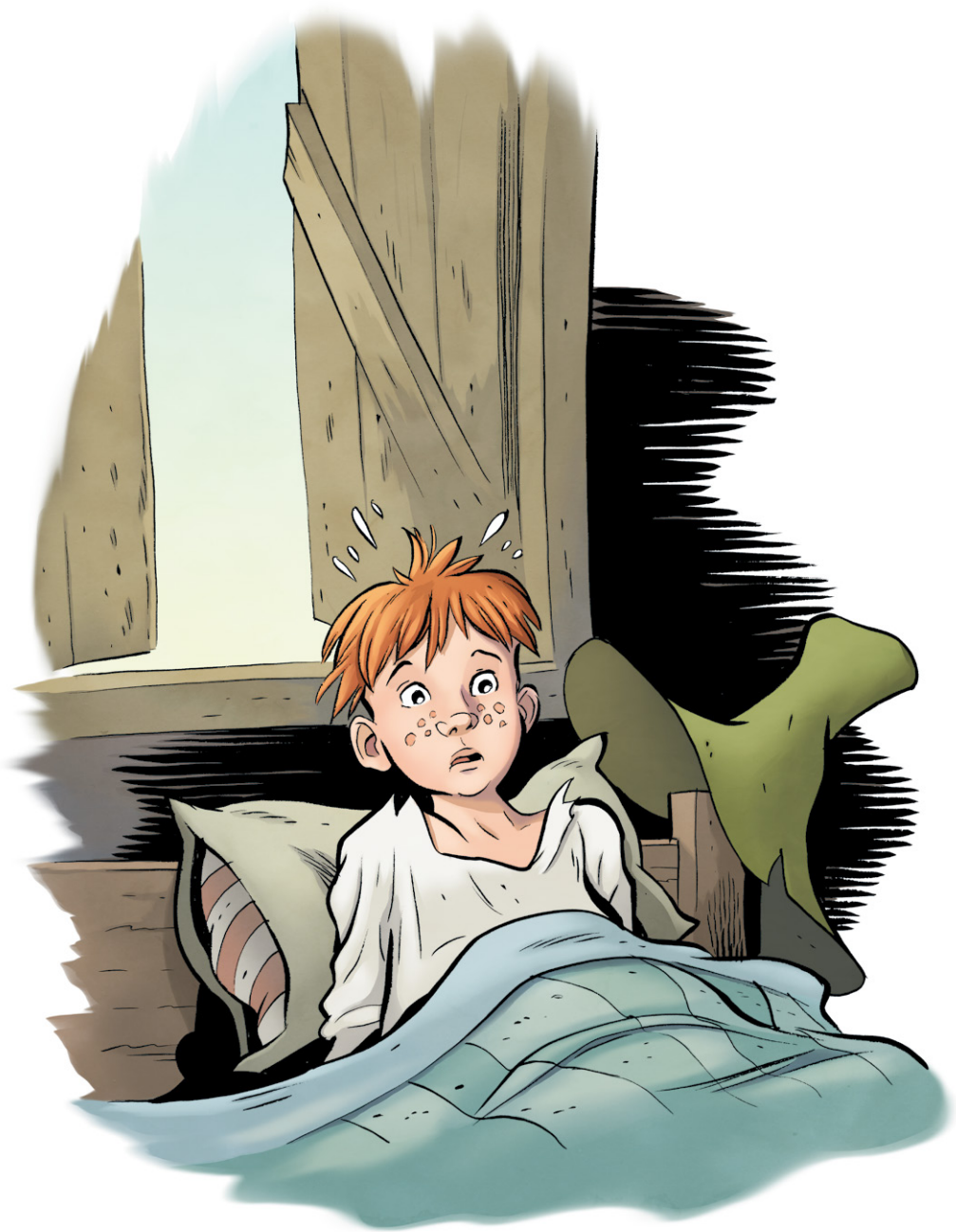
Incorporado en la cama, vio a Roderick el mapache sentado sobre una pequeña mesa de madera al otro lado del cuarto, lavando una manzana medio comida en el cuenco de agua que la madre de Tom le había dejado para que se lavase la cara.

—Buenos días, Tom —dijo el mapache sacudiendo el agua de su aperitivo—, ¿has tenido una pesadilla?

Tom lanzó una mirada rápida a la piedra que todavía colgaba de su cuello. Lanzó un suspiro de alivio cuando vio que ya no brillaba.

—Sí, creo que sí —dijo sacando las piernas por un lado de la cama y estirándose—, pero ya estoy bien.

Roderick había sido el mejor amigo de Tom desde que el animal había bajado de las montañas hacía tres años con un feo dolor de barriga. Se había comido algo que no le había sentado bien y estaba demasiado enfermo como para continuar su viaje. Tom y su madre habían cuidado del pequeño mapache hasta que recuperó la salud, pero en lugar de regresar a las montañas había decidido quedarse. Era huérfano (a sus padres se los habían comido unas mostrorratas cuando él era un bebé mapache), y Roderick fue bienvenido al hogar de los Elm. A menudo se le trataba como el hermano que Tom nunca había tenido, aunque



tenía algunas desagradables costumbres de mapache como comerse cosas que no debía.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Tom.

—Lavar mi manzana —dijo Roderick, restregando la fruta. Los mapaches eran muy escogidos en cuanto a que su comida estuviese limpia, probablemente porque una buena parte de ella procedía de los sitios menos apetitosos.

—Pero ya te has comido la mitad, ¿por qué la lavas ahora? —preguntó Tom mientras se ponía su sencilla camisa—. ¿La has encontrado en la basura? —añadió con recelo, abrochándose el ancho cinturón de cuero alrededor de la cintura.

—Los desperdicios de uno pueden ser el delicioso aperitivo de otro —declaró Roderick altaneramente, dándole brillo a lo que quedaba de la piel roja y admirando su reflejo—. ¿Quieres un poco? —le ofreció.

—Creo que me voy a esperar al almuerzo —replicó Tom, arrugando la nariz con desagrado. Se puso de un tirón las botas cortas de cuero y el sombrero—. ¿Mi familia se ha ido al campo ya? —preguntó el muchacho acercándose a la puerta del dormitorio.

El mapache asintió y saltó desde la mesa, con la manzana medio comida sujeta bajo el peludo brazo.

—Hace un buen rato.

Tom atravesó la casa desierta hasta la puerta trasera.

—¿Por qué no me han despertado? —preguntó mientras salía.

—Lo intentaron, pero dormías muy profundamente —contestó el mapache mientras caminaba rápidamente junto a Tom.

Tom sintió un escalofrío cuando las imágenes de su pesadilla atravesaron su mente.

—Les dije que yo te despertaría —dijo Roderick.

—¿Y? —preguntó Tom.

—Y entonces encontré mi preciosa manzana. —El mapache miró apasionado la fruta parcialmente mordida.

—La encontraste en la basura —le recordó Tom con una risa contenida mientras bajaba por el camino serpenteante que había tras la casa de su familia.



—No estaba en la basura... todavía —le explicó el mapache, esforzándose por mantenerse a su ritmo—, mira; todavía está buena.

Roderick trató de enseñársela, pero Tom no estaba interesado. Tenía que ir al campo. Como decía siempre su padre, los nabos no iban a recogerse solos.

En la familia Elm eran recolectores de nabos desde hacía generaciones.

El abuelo de Tom había sido recolector de nabos, y el abuelo de su padre también. Se daba por supuesto que Tom también lo sería, quisiera o no. Los Elm eran conocidos por todo el Valle por sus nabos, y aquélla era una tradición que se esperaba que Tom continuase.

—¿Un poco lento hoy, hijo? —preguntó el padre de Tom mientras cargaba una cesta de nabos en el carro.

Tom se inclinó y sacó un nabo del suelo agarrándolo por las hojas verdes. Sacudió la sucia raíz vegetal antes de dársela a Roderick, que la llevó hasta una cesta.

—Sí, señor —contestó Tom mientras se acercaba al siguiente grupo de hojas que sobresalían del fértil terreno. Su hermana pequeña, Lottie, soltaba risitas mientras ayudaba a su madre a llevar otra cesta al carro.

Tom todavía no se sentía bien. El recuerdo de su pesadilla se había desvanecido gradualmente, pero le había dejado con una enfermiza sensación de intranquilidad.

—Anoche no dormí demasiado bien, señor —le explicó a su padre—. Pesadillas.

—¿Pesadillas? —El padre de Tom se quitó el sombrero de fieltro que llevaba para protegerse la calva del sol y se quitó el sudor producido por el trabajo duro con un trapo que se sacó del bolsillo trasero—. Quizá si pensaras un poco más en el negocio familiar, tendrías menos tiempo para pesadillas.

—Sí, señor —contestó Tom, sacando otro polvoriento nabo de la tierra.

—Quizá tenga razón —sugirió nerviosamente el mapache. Tom frunció el ceño ante su peludo amigo. Él era el único de la familia que entendía lo que decía Roderick, aunque a veces desearía no entenderlo.

Su padre volvió a ponerse el sombrero.

—Parece que todavía te queda mucho antes de acabar tu cosecha —le dijo en tono severo—, así que nos vamos a llevar estas cestas al mercado.

Lottie volvió a reírse. Le encantaba que Tom estuviese en apuros.

—Sí, señor —volvió a decir Tom, tratando de acelerar el ritmo.

—Esperemos que hayas terminado cuando volvamos. Te traeremos tu cesta con la cosecha de mañana.

Tom asintió y sacó otro nabo del suelo, le quitó la suciedad y se lo dio al mapache.

Su padre no dijo nada más. Se subió al carro, se sentó junto a la madre y la hermana pequeña de Tom y chasqueó las riendas. El caballo empezó a tirar lentamente del carro.

—Quizá tenga razón —imitó Tom enfadado cuando el mapache volvió a su lado.

—Bueno —se preparó el mapache para defenderse—, siempre estás pensando en esas tonterías de ser un soldado de la reina.

—¿Y eso qué tiene de tontería? —preguntó el muchacho.

—Eres recolector de nabos —dijo Roderick, agarrando unas hojas y dando un buen tirón. Un nabo maduro salió de la tierra—, no eres soldado.

—Pero podría serlo —dijo Tom. El muchacho estiró la espalda. Recoger nabos te destrozaba el espinazo—. Un día de éstos voy a ir al reino y voy a ofrecerle mis servicios a la reina Thorn.

Roderick llevó el nabo a la cesta.

—¿Pero qué pasa con el negocio de la familia Elm?

Tom se encogió de hombros.

—Lottie se lo puede quedar.

—Eso no es lo que quiere tu padre —le recordó Roderick mientras sacaba otro nabo de la tierra.

—Ya, ¿y qué pasa con lo que quiero yo? —preguntó el chico—. ¿Y si no quiero ser un estúpido recolector de nabos?

—Recolectar nabos no es una estupidez —dijo Roderick.

—Sí que es estúpido... ¡Y aburrido!

Roderick sacudió su peluda cabeza.

—¿Recolectar nabos aburrido? ¡Ni hablar! ¿Te acuerdas de cuando encontramos aquel nabo gigante la cosecha pasada? ¿Qué tiene eso de aburrido?

La mano de Tom acudió inmediatamente a la oscura piedra que colgaba de su cuello. Roderick y él estaban trabajando en el

campo cuando Tom desenterró uno de los nabos más grandes que habían visto nunca. Era enorme, mayor que la cabeza de su amigo Omar... Y Omar tenía la cabeza muy grande.

Pero el vegetal era defectuoso. Su blanca piel estaba marcada por una grieta que recorría todo su redondo cuerpo. Y dentro de la grieta Tom había encontrado su piedra. Tenía que dar suerte si estaba en el centro de un nabo tan enorme. Así que la ató a una tira de cuero y ahora la llevaba alrededor del cuello.

Pero en realidad no le había dado mucha suerte.

En la mente de Tom apareció de repente una imagen. Era la piedra brillando como un fragmento del sol y apartando la oscuridad que amenazaba con tragárselo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roderick—. Parece que vas a vomitar.

—No —respondió el muchacho, repentinamente aterrado—, es que... acabo de acordarme de algo.

—¿De algo malo? —preguntó el mapache, y su voz chillona era ahora un susurro agudo.

—De algo... que da miedo —replicó Tom tragando saliva.

Las sombras del bosque parecían crecer en intensidad y Tom hubiese jurado que se movían lentamente hacia donde estaban Roderick y él.

Los amigos acabaron rápidamente de recoger los nabos. Hasta el padre de Tom se habría quedado impresionado al ver su rapidez. Tom levantó la cesta y los dos salieron de allí, caminando uno al lado del otro. En tono nervioso, Roderick le preguntó a Tom qué pasaba, pero Tom no quería hablar de su



pesadilla ni tampoco de las sombras. Sólo quería llegar a la seguridad de su casa.

Se apresuraron, corriendo por el camino serpenteante que los llevaría de regreso a la casa, sin ver lo que ocurría detrás de ellos.

No vieron cómo desde los límites del bosque que rodeaba los campos de nabos de los Elm algo comenzaba a tomar forma. Algo hecho del fértil y rico suelo, de las raíces, rocas, plantas, hierba y hojas.

Una mujer.

Y observaba al joven y a su compañero con ojos oscuros e interesados.

